

CUARESMA / 3

La muerte de Judas, el peso de la avaricia

ECCLESIA

03_03_2023



*Publicamos a continuación el tercer texto (aquí **el primero** y **el segundo**) tomado del Comentario del Padre Cornelio a Lapide (1567-1637), jesuita y exégeta, sobre la Pasión según el Evangelio de San Mateo. Los comentarios del padre Cornelio a Lapide, destinados sobre todo a ofrecer ayuda a los predicadores, son preciosos porque contienen numerosas citas de los Padres de la Iglesia.*

Ahora bien, fue la avaricia la que llevó a Judas a este destino. “Escuchad esto”, dice san Juan Crisóstomo: “Escúchenlo, os digo, codiciosos. Reflexionen en su mente sobre lo que sufrió. Porque no solo perdió su dinero, sino que cometió un crimen y perdió su alma. Tal era la dura tiranía de la codicia. No le gustaba su dinero, ni esta vida presente, ni la venidera. Los perdió a todos a la vez y, habiendo perdido la buena voluntad incluso de aquellos a quienes había traicionado, terminó ahorcándose”.

Esta confesión de Judas, por lo tanto (no en palabras, sino en hechos), era una prueba clara de la inocencia de Cristo, y seguramente debía haber evitado que los judíos lo mataran, si hubiera tenido la más mínima vergüenza. Pero su obstinada malicia no pudo ser controlada ni siquiera por este extraño presagio.

Simbólicamente, Beda observa (en Actos I): “Su castigo fue justo. La garganta que había pronunciado la palabra de traición fue ahogada por la soga. El que había traicionado al Señor de los hombres y de los ángeles quedó suspendido en el aire, aborrecido del Cielo y de la tierra, y las entrañas que habían concebido la astuta traición se rompieron y cayeron”. San Bernardo dijo: “Judas, aquel colega de las potestades del aire, estalló en pedazos en el aire, como si ni el Cielo habría recibido ni la tierra soporta al traidor de aquel que era verdadero Dios y hombre, y que vino a obrar la salvación en medio de la tierra”.

Pero los principales sacerdotes dijeron: No es lícito meterlos en el tesoro. Corbàn es lo mismo que la oferta. Aquí significa el tesoro en el que fueron echadas las ofrendas.

Porque es dinero manchado de sangre. ¡Qué hipocresía! No permiten que el precio de la sangre de Cristo sea derramado en el tesoro, mientras que habían tomado dinero de él para procurar su traición y muerte.

Y tomando consejo, compraron con ese dinero el campo del alfarero, para sepultar a los extranjeros. "Vieron", dice Orígenes, "que era más conveniente que, como precio de la sangre, se gastara en los muertos y en su lugar de sepultura".

Extranjeros: porque los habitantes tenían sus propios lugares de enterramiento. Y así Dios ordenó que este campamento fuera un testimonio permanente tanto del arrepentimiento de Judas como de la inocencia de Cristo. «El nombre», dice san Juan Crisóstomo, «proclama su hecho cruento con lengua de trompeta, porque si lo hubieran arrojado al arca del tesoro, las circunstancias no se habrían dado a conocer con tanta claridad a las generaciones futuras». Simbólicamente: se significaba así que el precio de la sangre de Cristo habría beneficiado no sólo a los judíos, sino también a los extranjeros, es decir, a los paganos que más tarde creerían en Él. Así San Hilario: "No es de Israel, pero es exclusivamente para el uso de extraños".

Por eso aquel campo fue llamado Akeldama, una palabra caldea. Las versiones etíope y persa coinciden en su significado. Adrichomius describe una propiedad particular del suelo, que destruye los cadáveres depositados allí en unas pocas horas, una propiedad que conserva incluso si [los cadáveres son] llevados a otro lugar. Se dice que algunos de ellos fueron traídos por la emperatriz Elena a Roma, donde forman el Campo Santo. «[el suelo] aún conserva la misma propiedad».

Tropológicamente: "El campo comprado para los extraños con la sangre de Cristo es la Iglesia (San Juan Crisóstomo), y en particular el estado de los 'religiosos', que se consideran extraños en la tierra y ciudadanos del cielo y de la casa de Dios". San Crisóstomo dijo: "Nada hay más bendecido que este entierro, del que todos se regocijan, tanto los ángeles como los hombres, y el Señor de los ángeles. Porque si esta vida no es nuestra vida, pero nuestra vida está escondida, deberíamos vivir aquí como si estuviéramos muertos". Así San Pablo (Col 3,3). Quizás fue por esta razón simbólica que este suelo poseía la propiedad notable antes mencionada.

El precio de Él que ha sido valorado (en griego τὸν τιμὴν τοῦ τετιμημένου). Cristo, que está por encima de todo precio, lo compraron los sumos sacerdotes de los hijos de Israel, de Juda, que era uno de ellos. Esto se afirma para agregar ignominia a la transacción, oportuno evidenciar que no fue vendido por un gentil, sino por un israelita, y también por uno que fue llamado del hijo mayor del patriarca [Jacob]. El plural se pone aquí en singular.